

# El mundo está de cambio: el hombre se ensancha

**Rafael Cepeda**

*Historiador presbiteriano. Instituto Superior de Estudios Bíblicos Teológicos del Consejo de Iglesias de Cuba.*

*El mundo está de cambio; y las púrpuras y las  
casullas, necesarias en los tiempos místicos  
del hombre, están tendidas en el lecho de la agonía.*

*El hombre se ensancha, y la religión con él.*

*La batalla está en los talleres; la gloria, en  
la paz; el templo, en toda la tierra; el poema,  
en la naturaleza.*

*Debemos vivir en nuestros tiempos, batallar  
en ellos, decir lo cierto bravamente, desarmar  
el bienestar impuro, y vivir virilmente, para  
gozar con fruición y reposo el beneficio de  
la muerte.*

*Eso sí: tenemos el derecho de americanos en  
América, y el deber de ese derecho: tenemos  
que vigilar por la salvación del buen espíritu,  
y por la buena dirección de la América nueva.*

José Martí

José Martí es un pensador revolucionario que organiza un movimiento de liberación con proyección exógena: desde su isla amada hacia las demás Antillas, con el propósito de levantar un muro de contención y salvaguardar toda la América del «destino manifiesto» expansionista de los Estados Unidos: «Cuanto hice hasta

hoy, y haré, es para eso».<sup>1</sup> Es un proyecto político que contiene las indispensables apoyaturas de integralidad económica y social. Como símbolo asociador y asegurador, Martí levanta una bandera de tesis inéditas hasta entonces en América Latina: la pureza ideológica, la calidad moral en la conducta de los revolucionarios, y los lineamientos básicos de una futura nueva sociedad.

Llamo la atención del lector a los no deliberados puntos de tangencia de Martí con la fe auténtica, la que se alimenta en las páginas de la Biblia y se manifiesta en la teología judeo-cristiana, debida a la experiencia secular del «pueblo de Dios».

La liberación política de los oprimidos, junto a la justicia social y la equidad económica, es una constante en los escritos bíblicos. Toda la Biblia es un mensaje de liberación. El Dios de la Biblia (Yavé) se presenta no como una idea para especular, sino como una acción creadora y sustentadora que obra, gobierna y protege. Para ello se requiere la formación de una sociedad, de la que él demanda unidad y armonía por caminos de amor y justicia. Su voluntad —que siempre procura el bien de todos los seres vivos— requiere ser obedecida y respetada.

José Míguez Bonino escribe:

La Biblia ve al hombre en un contexto concreto: como gobernante o súbdito, como litigante o juez, como padre, madre o hijos, como miembro de una tribu, como sacerdote o adorador. La justicia es la correcta relación de todos.<sup>2</sup>

La práctica de la justicia, en la Biblia, implica el ejercicio de derechos, y se especifican los de las viudas, los huérfanos, los pobres, los peregrinos y los extranjeros residentes en Israel. La paz de la comunidad se asegura por la aplicación de la ética justiciera: «El efecto de la justicia será la paz» (Isaías 32:17). Yavé entonces promulga leyes que aseguren la justicia y la paz, y provee gobernantes que garanticen su cumplimiento. También es esta una función de los auténticos profetas, que actúan como fiscales acusadores, pues vigilan constantemente el entorno social y hablan por los que no tienen voz o se atemorizan ante los gobernantes depravados y las jerarquías eclesiásticas corrompidas.

Hay que aclarar el concepto de *paç* en la Biblia. El término que se usa es *shalom*, que no es solo ausencia de rivalidades y guerras, sino preferentemente —en signo positivo— el bienestar *total* de la persona humana y de la colectividad a la que pertenece. La paz va unida a la justicia porque se quebranta —individual y colectivamente— tan pronto como alguien es injusto: los que practican la mentira, el engaño, la explotación, la usura (toda forma de corrupción legal y comercial). Así nos explicamos el grito airado de Jeremías:

Todos, grandes y pequeños, practican la avaricia; y tanto profetas como sacerdotes, son engañadores. Tratan livianamente las heridas de mi pueblo, y dicen «paz, paz», cuando no hay paz.

(Jeremías 6:13,14).

Convencido de ello, uno de los poetas de Israel lanza sus dísticos esperanzadores:

La misericordia y la verdad se encontraron;  
la justicia y la paz se besaron.  
La verdad brotará de la tierra,  
y la justicia mirará desde los cielos.

(Salmo 85:10, 11).

Estas ideas veterotestamentarias reaparecen con una nueva óptica en los evangelios. En el de San Lucas (tan colmado de referencias a la justicia social), aparece María —la madre de Jesús— con su cántico de alborozo, porque

Dios actuó con todo su poder:  
deshizo los planes de los orgullosos,  
derribó a los reyes de sus tronos  
y puso en alto a los humildes.  
Llenó de bienes a los hambrientos,  
y despidió a los ricos con las manos vacías.  
Ayudó al pueblo de Israel  
y no se olvidó de tratarlo con misericordia.

(San Lucas 1:51-54).

Por su parte, Jesús —hijo de mujer, aldeana o campesina, y de un obrero carpintero, probablemente explotado dentro de una tierra invadida y oprimida, una colonia romana— lanza en la sinagoga de Nazaret el programa político de su ministerio singular:

El espíritu del Señor está sobre mí,  
porque me ha consagrado  
para llevar la buena noticia a los pobres;  
me ha enviado a anunciar  
la libertad a los presos  
y a dar vista a los ciegos;  
a poner en libertad a los oprimidos;  
a anunciar el año favorable del Señor.

(San Lucas 4:18,20).

En los otros evangelios, y en las cartas del Nuevo Testamento, hay innumerables señalamientos apodícticos del compromiso social judeo-cristiano. En la imposibilidad de señalarlos todos, selecciono algunos del apóstol Santiago:

El hermano de condición humilde debe sentirse orgulloso si Dios lo enaltece, y el rico debe sentirse orgulloso si Dios lo humilla. Porque el rico es como la flor de la hierba, que no permanece. Cuando el sol sale y calienta con fuerza, la hierba se seca, su flor se cae y su belleza se pierde. Así también el rico desaparecerá en medio de sus negocios (Santiago 1:9-11).

Pero no basta con oír el mensaje; hay que ponerlo en práctica, pues de lo contrario se estarían engañando ustedes mismos (1:22).

Ustedes, hermanos míos, que creen en nuestro glorioso Señor Jesucristo, no deben hacer diferencia entre una persona y otra. Supongamos que ustedes están reunidos, y llega un rico con anillos de oro y ropa lujosa, y lo atienden bien y le dicen: «Siéntate aquí, en un buen lugar», y al mismo tiempo llega un pobre vestido con ropa vieja, y a este le dicen: «Tú quédate allá en pie, o siéntate ahí, en el suelo»; entonces ya están haciendo distinciones entre ustedes mismos y juzgando con mala intención (2:1-4).

¿Acaso no son los ricos quienes los explotan a ustedes, y quienes a rastras los llevan ante las autoridades? (2:6).

Cuando una ética justiciera se clava en la conciencia, no nos asombremos de que se produzca prontamente un compromiso de acción y reivindicación con ánimo apasionado, lo que lleva a hombres y mujeres a la organización de la lucha revolucionaria, a la promoción inteligente de un ideal y a su despliegue inmediato y eficaz, y esto significa la guerra, y posiblemente el triunfo popular.

La historia del éxodo israelita se dilata por quince capítulos en el «Libro» de este mismo nombre. La palabra significa «salida», o mejor, «una vía hacia la liberación». La narración tiene que ver con el sometimiento forzoso, la esclavitud, la explotación, que agrede a los israelitas en territorio egipcio, y cómo Dios toma partido por ellos y los ayuda a ganar su independencia y a crear su propia nación, como parte del pacto establecido desde siglos atrás.

**Un auténtico movimiento de liberación política, económica y social —en cualquier pueblo del orbe, y en todo momento histórico— requiere de sus hombres rectores lo que Martí proclama y exige: una entrega consagrada, mesiánica, apostólica, sacrificial y ejemplar, de todo el ser: una sensibilidad siempre en carne viva, un ahondamiento en las raíces, una constante ansia de vuelo.**

Pero no es solo liberación *de* los egipcios: también liberación *para* el desempeño de una tarea liberadora entre otros pueblos. Los israelitas creyeron desde el primer instante en un Dios que mezcla la fe religiosa con la política, con toda la amplia significación que tiene este último término. Las llamadas «fiestas religiosas» en Israel siempre iban matizadas de fervor político.

Hay que ver también el éxodo de los hebreos como un símbolo precursor de *todo* el proyecto liberador de Dios en la historia humana, contenido en los textos bíblico-teológicos: Dios *siempre* toma parte en los afanes libertarios, bien en las personas de los patriarcas, en las de los profetas, en Jesucristo mismo, o en los discípulos y apóstoles. Aún más: utiliza a veces como instrumentos de su voluntad a la gente desconocida, sencilla, desechada. Esto lo reconoció San Pablo en su «Primera carta a los corintios».

Para avergonzar a los sabios, Dios ha escogido a los que el mundo tiene por tontos; y para avergonzar a los fuertes, ha escogido a los que el mundo tiene por débiles. Dios ha escogido a la gente despreciada y sin importancia de este mundo, es decir, a los que no son nada, para anular a los que son algo (Corintios 1:27, 28).

Cuidémonos de pensar que la liberación en los textos bíblicos, se refiere apenas a la independencia política de naciones extrañas, colonizadoras y explotadoras. También se proyecta contra las tiranías y los despotismos nacionales, amparados en los ricos influyentes y en los jefes de la religión. Por profetas auténticos tiene la Biblia a Natán, quien se enfrentó a las liviandades criminales del rey David; Isaías, que pronunció delante de los jefes de gobierno ardientes llamados a la pureza personal y a la justicia para con el pueblo; Jeremías, cuya misión fue reconvenir al pueblo por sus descarríos e idolatrías; Ezequiel, que clamó por un completo reconocimiento de la responsabilidad individual por los pecados colectivos, y por una renovación del espíritu; Daniel, quien resiste las más duras pruebas y despierta la fe y la lealtad en sus conciudadanos; Oseas, que condena la idolatría del pueblo, comparable solamente a la infidelidad conyugal; Joel, que llama al arrepentimiento, base indispensable para una restauración nacional; Amós, para quien Israel

no está dispensado del juicio de Dios, por su pecado de injusticia social; Jonás, que denuncia el orgullo espiritual del exclusivismo religioso; Miqueas, que amonesta y a la vez despliega la bandera de la esperanza. Todos estos son patriotas y libertadores que ejercitan su ministerio con grandes riesgos personales, pues parten desde la denuncia de situaciones de corrupción interna.

El nombre *Jesús*, en su raíz hebrea, significa «salvador», «redentor», «libertador». No solo era de cuna humilde, sino también de oficio humilde (carpintero), prefería entre sus discípulos a los de su propia condición social (campesinos, pescadores, artesanos). Por lo menos uno de ellos pertenecía a un partido opositor a la dominación romana, y Jesús llamó «esa zorra» a Herodes, el gobernador. En los evangelios lo vemos solidarizado con los pobres, las viudas, los huérfanos, los enfermos, las rameras, los cobradores de impuestos. De estos últimos, los más despreciados, afirma que «van delante hacia el reino de Dios».

## El Cristo de Martí

En «Hombre del campo», José Martí señala hacia una inescapable —pero intencionadamente soslayada— faceta de la persona de Cristo:

Yo te voy a decir quien fue Cristo. Fue un hombre sumamente pobre, que quería que los hombres se quisiesen entre sí, que el que tuviera ayudara al que no tuviera, que los hijos respetasen a los padres, siempre que los padres cuidasen a los hijos; que cada uno trabajase, porque nadie tiene derecho a lo que no trabaja; que se hiciese bien a todo el mundo y que no se quisiera mal a nadie. Cristo estaba lleno de amor para los hombres. Y como él venía a decir a los esclavos que no debían ser más que esclavos de Dios, y como los pueblos le tomaron gran cariño, y por donde iba diciendo estas cosas se iban tras él, los déspotas que gobernaban entonces le tuvieron miedo y lo hicieron morir en una cruz.<sup>3</sup>

Creo muy conveniente desglosar y discernir este trozo de prosa martiana. Observemos el punto de partida: «Cristo fue un hombre sumamente pobre». Aquí el sentido de pobreza cubre una ancha dimensión, que

va desde la economía hogareña hasta la esclavitud política en su tierra dominada por el Imperio romano. Lo más hiriente, por cotidiano, era la carga familiar con tan pobres recursos. Jesús sabía muy bien, y lo dice en una de sus parábolas, lo que significaba la pérdida de una moneda. La tradición cuenta —con buen fundamento— que su padre José falleció siendo él muy joven, y tuvo que hacerse cargo de los trabajos de carpintería para sostener a su madre y a sus varios hermanos, probablemente seis. Cuando regresó a su aldea de Nazaret y enseñaba en la sinagoga, los vecinos se preguntaban: «¿No es este el carpintero?» (San Marcos 6:3). Y cuando abandonó su taller y anduvo predicando y peregrinando, afirmó: «El hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza» (San Lucas 9:58).

Es muy probable que «Hombre del campo» sea la primera ocasión en que un líder político del siglo XIX señale la pobreza de Jesús, su origen de clase, como factor importante en la tarea salvífica del hombre de Nazaret. Hoy, a punto de finalizar el siglo XX, sabemos que la historia se escribe desde la perspectiva del pobre, por constituir —en la población total de la tierra— la mayoría del pueblo. De esta forma, Martí deviene el primer pensador revolucionario latinoamericano —por lo menos entre aquellos que han quedado definitivamente en los anales— que descubre en la figura histórica de Jesús, y en el hecho teológico del Cristo crucificado, una razón política: la del hombre surgido como dirigente del pueblo sencillo y trabajador, que invoca la correcta interpretación de las viejas leyes de Israel y la aplicación de nuevas leyes no escritas, que se enfrenta a los poderosos, los reta y los conturba con sus verdades como puños, hasta que «los déspotas que gobernaban entonces» (léase los invasores romanos y los sacerdotes del judaísmo), decidieron su muerte tras una farsa de juicio. A la soteriología que se enseña tradicionalmente en los seminarios católicos y protestantes hay que añadir —para enmarcar correctamente la figura de Jesús— esta perspectiva martiana.

La otra afirmación básica acerca del hombre de Nazaret es la de que «Cristo estaba lleno de amor para los hombres», y los relatos de los Evangelios así lo demuestran. En ellos se nos presenta a un carpintero que se convierte en maestro que predica y enseña; y a la vez rubrica estas actividades con un despliegue de asistencia social, sanando enfermedades y dolencias: tres aplicaciones prácticas de un amor genuino. Este conlleva también una variante casi inaceptable, o por lo menos de muy difícil cumplimiento: «Ustedes saben que se dijo: “Ama a tu prójimo y guarda rencor a tu enemigo”. Pero yo les digo: Amen a sus enemigos, imploren por sus perseguidores» (San Mateo 5:43, 44). Aquí tenemos una fórmula de aplicación general, si bien en muy

variadas ocasiones Jesús aplicó un amor específico. Este es el caso del llamado «joven rico», en quien Jesús vio una honesta búsqueda de la verdad, y por ello dice el escritor: «Entonces Jesús lo miró y lo amó» (San Marcos 10:21).

Una casa que Jesús visitaba con frecuencia, en la aldea de Betania, era la de los hermanos Marta, María y Lázaro, y el evangelista San Juan explica la razón: «Amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro» (11:5). Esta frase aparece en el relato de la enfermedad y la muerte de Lázaro, y de su resurrección. El narrador afirma que cuando se enfrentó a su amigo muerto, «Jesús lloró», y los vecinos comentaban: «¿Miren cuánto lo amaba!». (11:35, 36). El mismo narrador afirma que al disponerse Jesús para su enfrentamiento con la muerte vicaria, «así como había amado a los suyos que quedaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (13:1). Lo que concuerda explicablemente con una expresión anterior del propio evangelista: «De tal manera amó Dios *al mundo*, que dio a su hijo» (3:16). El amor es el único fundamento de una dación perfecta como la de Cristo, por la que se alcanza la plenitud. Así entendemos el alcance de la frase martiana: «Cristo estaba *lleno de amor para los hombres*».

Ya aclarado el extracto social de Jesús, la máxima motivación de su ministerio, Martí se refiere a sus enseñanzas, a su ideario, a la temática de su predicación. Sitúo las frases en el orden en que Martí las propone, y ofrezco sus equivalencias bíblicas:

1. Cristo «quería que los hombres se quisiesen entre sí».

El que no obra la justicia no es de Dios, y tampoco el que no ama a su hermano, pues se les enseñó desde el principio que se amen los unos a los otros... (Primera de Juan, capítulo 3).

2. Cristo quería «que el que tuviera ayudara al que no tuviera».

Al que se le ha dado mucho se le exigirá mucho (San Lucas 12:48). Den gratuitamente, puesto que recibieron gratuitamente (San Mateo 10:8).

Vendan lo que tienen, y repártanlo en limosnas (San Lucas 12:33). Porque tuve hambre y ustedes me alimentaron; tuve sed, y ustedes me dieron de beber. Pasé como forastero, y ustedes me recibieron en su casa. Anduve sin ropas, y me vistieron. Estaba enfermo, y fueron a visitarme. Estuve en la cárcel, y me fueron a ver (San Mateo 25:35).

3. Cristo quería «que los hijos respetasen a los padres, siempre que los padres cuidasen a los hijos».

¿Por qué quebrantan un mandamiento de Dios en nombre de sus tradiciones? Pues Dios dijo: «Honra a tu padre y a tu madre. El que maldiga a su padre o a su madre debe ser condenado a muerte». En cambio ustedes afirman que un hombre puede decir a su padre o su madre: «No puedo ayudarte porque todo lo mío lo tengo destinado al templo». En este caso, según ustedes, esta persona queda

libre de sus deberes con su padre y su madre. Y así ustedes han anulado el orden de Dios en nombre de sus tradiciones. ¡Hipócritas! Isaías profetizó exactamente de ustedes cuando dijo: «Este pueblo me honra con la boca, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me rinden no sirve de nada» (San Mateo 15:3-8).

¿Quién de ustedes da una piedra a su hijo si le pide pan, o una culebra si le pide pescado? (San Mateo 7:9).

Y tomando Jesús a un niño lo puso en medio de ellos, lo estrechó entre sus brazos y les dijo: «El que recibe a un niño como este en mi nombre, a mí me recibe» (San Marcos 9:36, 37).

Yo te bendigo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has mostrado a los niños (San Lucas 10:21).

4. Cristo quería «que cada uno trabajase, porque nadie tiene derecho a lo que no trabaja».

Mi Padre sigue trabajando, y yo trabajo (San Juan 5:17).

Trabajen, no por la comida de un día, sino por otra comida que permanece, y con la cual uno tiene vida eterna (San Juan 6:27).

Vengan a mí los que trabajan y se sienten agobiados, porque yo los haré descansar (San Mateo 11:28).

Ustedes saben en que forma tienen que imitarnos: nosotros trabajamos mientras vivimos entre ustedes. No pedimos un pan que no hubiéramos ganado, sino que, de noche y de día, trabajamos duramente hasta cansarnos, para no ser carga a ninguno de ustedes. Además, les dimos esta regla: si alguien no quiere trabajar, que tampoco coma (Segunda a los tesalonicenses 3:7-10).

El obrero merece su salario (San Lucas 10:7).

5. Cristo quería «que se hiciese bien a todo el mundo, y que no se quisiera mal a nadie».

El reino de los cielos se les quitará a ustedes [sumos sacerdotes y autoridades] para dárselo a gente que rinda frutos (San Mateo 21:43).

«Dejen que los niños vengan a mí. ¿Por qué se lo impiden?» [...] Jesús los abraza y ponía las manos sobre ellos para bendecirlos (San Marcos 10:14, 16).

No son las personas sanas las que necesitan médico, sino las enfermas. He venido, no para llamar a los buenos, sino para invitar a los pecadores a que se arrepientan (San Lucas 5:31, 32).

Este programa de principios morales y de ejemplar comportamiento diario que Martí destaca como auténticamente cristiano, surge solo de un espíritu libre, y se enmarca cabalmente en un ambiente de libertad. Por ello —insiste Martí— Cristo «venía a decir a los esclavos que no debían ser más que esclavos de Dios».

Jesús les dijo a los judíos que habían creído en él: «Si ustedes se mantienen fieles a mi palabra, serán de veras mis discípulos; conocerán la verdad, y la verdad los hará libres». Ellos le contestaron: «Nosotros somos descendientes de Abraham y nunca hemos sido esclavos de nadie: ¿cómo dices tú que seremos libres?» Jesús les dijo: «Les aseguro que todos los que pecan son esclavos del pecado. Un esclavo no pertenece para siempre a la familia, pero un hijo sí. Así

que si el Hijo los hace libres, ustedes serán verdaderamente libres» (San Juan 8:31-36).

Ustedes saben muy bien que si se entregan a un amo para obedecerlo, entonces son esclavos de ese amo a quien obedecen. Y esto es así, lo mismo si obedecen al pecado, lo cual lleva a la muerte, que si obedecen a Dios para vivir una vida de rectitud. Pero gracias a Dios que ustedes, que antes eran esclavos del pecado, ya han obedecido de corazón a la forma de enseñanza que han recibido. Una vez libres de la esclavitud del pecado, ustedes han entrado al servicio de una vida de rectitud (Romanos 6:16-18).

Este estilo de vida, que se hace evidente por su calidad, acarrea naturalmente la satisfacción «del alma que está contenta de sí», según la expresión martiana; pero también conlleva agonías, incomprendimientos, desprecios, padecimientos, y hasta la posibilidad del martirio, que es la forma sublime del testimonio. Martí ha valorado las consecuencias ineludibles en las vidas de los que están colmados de *virtud*, cara palabra. En el caso particular y especialísimo de Cristo, este tuvo el gozo de experimentar cómo «los pueblos le tomaron gran cariño, y por donde iba diciendo estas cosas se iban tras él». Damos por sentado que Martí recordaba dos pasajes de los evangelios. Después que Jesús entró al templo de Jerusalén y «echó fuera a todos los que vendían y compraban en los patios, y derribó las mesas de los que cambiaban monedas, y los puestos de vendedores de palomas», se produjo una explosión de regocijo popular y a la vez de ira entre los negociantes y sus protectores: «Viendo estas cosas tan asombrosas que Jesús acababa de hacer, y los niños que clamaban en el templo “¡Viva el hijo de David!”», los sacerdotes principales de la ley se indignaron...» (San Mateo 21:12, 16).

Estos relatos presentan muy realísticamente una situación de privilegio: compradores, vendedores y negociantes en un lugar que se tenía por sagrado (amparados por quienes autorizaban y participaban del negocio), con los que Jesús se enfrenta y no solo los denuncia, sino que los desmantela con su vigor de carpintero. A la vez, el pueblo esquilmado que se goza en el espectáculo, y en la sombra, acechante, «sacerdotes principales», «maestros de la ley» y «fariseos».

Inmediatamente después de reconocer con gozo el «cariño» que mostraban a Jesús las gentes humildes que «se iban tras él», Martí trae a escena las fuerzas coaligadas del mal: «los déspotas que gobernaban entonces le tuvieron miedo y lo hicieron morir en una cruz». El miedo a la verdad llevaba —a comienzos del siglo I— al encarcelamiento, la tortura, el asesinato, el genocidio; tal como hoy, a finales del siglo XX. La muerte en la cruz es presentada por Martí como lo que era para los ojos presenciales: un acto político de abuso de poder imperial. El miedo se apodera entonces de los

**Entre las numerosas coincidencias que he señalado de lo cristiano y lo martiano, resalta esta de un objetivo común: la liberación integral de la persona humana.**

seguidores de Cristo, durante tres días, cuando comienza una nueva era en la esperanza del Reino de Dios.

Este breve escrito martiano sobre el que hemos reflexionado extensamente, finaliza con una frase de convicción y persuasión que debería ser divisa de todos los movimientos genuinamente liberadores: «Cristo fue un hombre admirable». Aquí debo referirme a páginas escritas en otro lugar,<sup>4</sup> en las cuales me lamentaba de que Martí no llegara a alcanzar la comprensión total del hombre-Dios en la persona de Jesucristo, dejando fuera de su cosmovisión una fase de la integralidad del plan redentor del Dios de la fe cristiana.

No obstante, ahora reconozco que el énfasis de Martí en la hombridad de Jesucristo es un elemento convincente y saludable cuando se trata de vertebrar un proceso político de liberación. Porque el peligro siempre está en unilateralizar, y será peor la espiritualización excesiva que la humanización excesiva. Por lo menos, el sentido correcto de un código cristiano de conducta está más a salvo cuando la persona de Jesucristo, y su obra redentora, se observan desde una perspectiva horizontalizada, a nivel de humanidad.

El *hecho Cristo* ocurrió sobre este planeta, en un momento histórico definido, en un punto geográfico específico, dentro de una familia humana que vivía en condiciones económicas de pobreza, bajo la administración política de un ejército extranjero, como una provincia exterior de un gran imperio. El obrero de Nazaret vino a representar —para el pueblo humilde— un signo de esperanza, un anhelo libertador político, el Mesías anunciado por los profetas. Sin embargo, Jesús mismo —según los discursos de los Evangelios— no reclamó la dimensión política como su tarea única, ni primordial. Esta vino a ser una parte de otra más integral e inclusiva. Por eso acepta que lo llamen «el Cristo, el hijo de Dios viviente». A la vez, él se llama a sí mismo «el hijo del hombre»: ¡hermosa paradoja complementaria! Mientras sus discípulos y seguidores le reconocen como «hijo de Dios», pero apetece que él los dirija en sus ansias políticas y llegue a ser «el rey de Israel», Jesús insiste en recordar su encarnación, su condición pareja a la de los que lo aclamaban como Dios: su perfecta humanidad. Era únicamente un gesto solidario; también una forma de clarificar el alcance de su misión: solo un hombre podía morir por los hombres; solo un hombre (Jesús-Salvador), podía hacer válida entre los hombres la liberación *total* que Dios proyecta para el mundo.

Pienso que por haber escogido esta senda de la plena condición humana del Cristo —sin asociarlo a Dios como persona de la Trinidad, ni emparejarlo con la doctrina del Espíritu Santo—, Martí pretende afianzar la misión política de Jesús por sobre las demás. En Martí es perfectamente comprensible, ya que esta era su gran pasión, la razón de ser de su vida. En el borrador de un discurso que debió pronunciar, probablemente en la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York, de la que fue presidente, Martí reconoce a dos visitantes distinguidos, «ministros de la verdad». Uno de ellos —Aurelio Silvera, pastor metodista entre los cubanos de Cayo Hueso y Tampa—, «que lleva su Biblia por encima de los odios, y de los dogmas», merece en la presentación de Martí especial distinción

por su empeño en reducir a la justicia a los malvados, con las palabras del rebelde sublime que —con la fuerza de su patriotismo— dio empuje de humanidad, y alcance de Universo, a la vía que le encendía la opresión romana en Galilea.<sup>5</sup>

Esta cita es muy iluminadora. Silvera, a la par que un sacerdote cristiano, era un eminente patriota. Y Martí reconoce que es hombre que no se deja arrastrar por odios ni se ata a dogmas, «ni miente»,

y no va de visita a casa de los pudientes del mundo, a que le pongan el hombro a cambio del hombro que les ofrece él, para ir salvando de los de la razón humana creciente a las autoridades, sino se va del lado de los pobres, del lado de los de la razón, y empuja con ellos.<sup>6</sup>

Martí atestigua que esta honrosa condición de cristiano militante y de ciudadano honesto que muestra Silvera, le viene porque asimila y comunica las palabras de Jesús, «rebelde sublime» que no solamente protesta de «la opresión romana en Galilea», sino que «con [desde] la fuerza de su patriotismo» ensancha su prédica y su lucha «con empuje de humanidad» hasta alcanzar todo el Universo.

### **Remembranzas religiosas en la ética martiana**

Esta tesis que acabamos de analizar es un punto de partida en la ubicación definitiva del carpintero de Nazaret, con su nombre en la lista de héroes que batallaron y murieron por la liberación de sus pueblos.

En consecuencia, Martí organiza un movimiento independentista que tiene todas las características —en terminología usada, en la concientización captadora, en la vertebración de fuerzas, en la ética personal de los luchadores, en la definición de los objetivos inmediatos y futuros, en su táctica y su estrategia— de una religión «nueva», porque a ella «conduce el ejército de la libertad».<sup>7</sup>

En su primera carta al general Máximo Gómez, en 1882, Martí comienza a puntualizar los lineamientos éticos de la preparación de un enfrentamiento armado contra el gran enemigo político: el coloniaje español en Cuba. «Porque usted sabe, General, que mover un país, por pequeño que sea, es obra de gigantes. Y quien no se sienta gigante de amor, o de valor, o de pensamiento, o de paciencia, no debe emprenderla».<sup>8</sup> ¡Gigante de amor, de valor, de pensamiento, de paciencia! Obsérvese el territorio que cubre cada palabra, y el orden en que se las presenta. Para el general Gómez, con sus diez años de batallas por la independencia de Cuba en la primera guerra, y muy dado a las frases religiosas, tiene que haber sido incisivo lo de «gigante de amor», sobre todo proviniendo de un civil que evidentemente quería desempeñar un papel protagónico en un nuevo intento de liberación.

Muy escasa comprensión, y por supuesto muy escaso apoyo, encontró Martí de inmediato entre los veteranos de la Guerra Grande. Tanta fue la tibieza, y tanto el desapego, que dos años después, al inicio del llamado Plan Gómez-Maceo, creyó su deber separarse del mismo por entender que era «una aventura personal» que servía «esperanzas personales de gloria o de poder». Entonces se refugió en su cuantiosa obra escrita, especialmente la periodística, hasta 1887, cuando el Plan Gómez-Maceo admitió su fracaso, y él retornó a ser el desterrado más eminente: un patriota reconocido por su amplia cultura y por su disposición al sacrificio. Desde 1887 hasta 1892 fue incansable sembrador de ideas, un promotor de actos culturales y patrióticos, un maestro, un orador afamado, el que conquista amigos y rinde servicios por toda Nueva York. Con el apoyo entusiasta de los cubanos de Tampa y Cayo Hueso, y los de otras ciudades y países, se funda en 1892 el Partido Revolucionario Cubano y se comienza a editar el periódico *Patria*. Martí es el alma del Partido y del periódico.

En esta última y más intensa etapa de su vida, Martí retoma y reitera —aplicándolos a casos concretos de personas y hechos— términos y conceptos de remembranzas religiosas que aplica con intención renovadora.

- La patria necesita sacrificios. Es ara y no pedestal. Se la sirve, pero no se la toma para servirse de ella.<sup>9</sup>

- Varios cubanos han creído oportuno conmemorar este año el 10 de octubre [...] un día que es, para los cubanos, religioso.<sup>10</sup>
- Con la discreción y majestad propias del día, podemos levantarnos y marcar política de previsión y amor.<sup>11</sup>
- El 10 de octubre no es día de pasiones, ni de opiniones, sino día religioso, a donde se ha de ir como a un altar [...] día en que se preparan, con juicio y virtud, las batallas de armas que han de seguir a las batallas de pensamiento.<sup>12</sup>
- Es la hora de los hornos, en que no se ha de ver más que la luz.<sup>13</sup>
- El que peleó en la Revolución es santo para mí. El que hace industria de haber peleado en la Revolución, o goza después de ella entre sus enemigos de un influjo superior al que tuvo entre sus compatriotas, o usa de influencia para aflojar la virtud renaciente de un país que necesita toda su virtud, ese bajará ante mí los ojos, aunque haya militado en la Revolución; y los bajará ante todo hombre honrado. [...] ¿No le han dicho que en Cayo Hueso me regalaron las trabajadoras cubanas una cruz? Creo que he dado a mi tierra, desde que conocí la dulzura de su amor, cuanto un hombre puede dar. Creo que he puesto a sus pies muchas veces fortuna y honores. Creo que no me falta el valor necesario para morir en su defensa.<sup>14</sup>
- Acá estallan las almas, y nace aquí gente bíblica. ¿Quién hará lo que tenemos que hacer, y nadie podrá hacer, nadie, si no lo hacemos nosotros?<sup>15</sup>
- Tan pronto como tenga en mis manos la notificación de mi deber, como tal lo cumpliré, y como una religión, con miedo la cumpliré y con ternura, no con el descanso de la vanidad satisfecha. [...]. ¡Desciende el alma de los padres sobre las cabezas de los hijos; junta otra vez a los cubanos el entusiasmo puro de los primeros días y rostros y almas se inundan de la divina luz del sacrificio!... Entre palmas y flores de resurrección [...] Se han abierto los brazos a todos los buenos y desconsolados de este mundo.<sup>16</sup>
- Dan deseos de salir por el mundo con los brazos abiertos, diciendo a voces: ¡Hermanos, hermanos todos, al fin hermanos! ¿Cuál de las cartas que le llenan la mesa escogerá *Patria* para dar [...] muestra de la limpieza, de la fuerza, de la santidad de esta época de corazones?<sup>17</sup>
- El espíritu ha cundido y los cubanos tienen fe [...] y se aman unos a otros. Con entusiasmo de religión se juntan los que no estaban juntos antes.<sup>18</sup>

- Somos un ejército de luz, y nada prevalecerá contra nosotros: esta alma de redención que hoy nos consume y nos inspira [...] el alma religiosa en que se confunden, con renovado ímpetu, todas las emigraciones.<sup>19</sup>
- Lo que hemos hecho, el espíritu de lo que hemos hecho: la religión de amor en que el alma cubana está fundiendo sus elementos de odio.<sup>20</sup>
- ¡Tu pueblo, oh patria, no necesita más que amor! Y la guerra, lo que tu pueblo le ha dado.<sup>21</sup>
- Servimos y amamos, los revolucionarios de ahora. [...] Solo se ama en Cuba a los que resisten, y a todos los demás se les tolera. El que quiera una migaja de amor, ha de lisonjear el inmarcesible decoro humano, la inmortal esperanza.<sup>22</sup>
- Por ahí es por donde nuestra tierra está pecando: por lo feos y escasos que andan el amor y la amistad.<sup>23</sup>
- Para los fieles, vengan tarde o temprano, Cuba guarda todo su amor. Para los incapaces de amarla y servirla, basta con el olvido. [...] El templo está abierto, y la alfombra está al entrar, para que dejen en ella las sandalias los que anduvieron por el fango, o se equivocaron de camino.<sup>24</sup>
- Me siento como si estuviéramos poniendo la mano en algo santo... Empezamos con juicio, con pericia, con amor, y con el entusiasmo y compañía de la verdadera gloria. [...] Siento en mí el alma de la guerra: es por el desagrado del sacrificio inútil, y porque me parece que están viviendo en mí todos nuestros muertos.<sup>25</sup>
- La divina claridad del alma aligera mi cuerpo.<sup>26</sup>

No he vacilado en vaciar aquí esta larga lista de citas martianas, porque ellas exhiben —«en la víspera de un gran deber»— lo que estaba muy dentro de su corazón y de su conciencia revolucionaria, ya que la mayoría son frases de cartas personales, por donde fluía su angustia o su gozo, sin ánimo publicitario alguno.

## Lineamientos éticos de la revolución martiana

Un auténtico movimiento de liberación política, económica y social —en cualquier pueblo del orbe, y en todo momento histórico— requiere de sus hombres rectores lo que Martí proclama y exige: una entrega consagrada, mesiánica, apostólica, sacrificial y ejemplar, de todo el ser: una sensibilidad siempre en carne viva, un ahondamiento en las raíces, una constante ansia de vuelo. A la vez, una muy realista y concreta vivencia y

disección de las contemporáneas expresiones objetivas, y una vertebración ideológica que permita la construcción de un futuro mejor.

Una revolución —si es verdadera— tiene necesariamente que procurar una conmoción, un desgarramiento, muchas heridas: fase esta ineludible para lograr lo que Martí pretendía: «que lo podrido caiga a tierra». Pero esta etapa inicial —precisamente por ser la más dolorosa— requiere cirugía reconstructiva, con operantes de voz y gesto amoroso, sedante, evangélico, y al mismo tiempo una fuerte mano ejecutiva que se sienta capaz de cumplimentar un programa de saneamiento y reconstrucción. Las metas han de estar bien definidas, los proyectos bien trazados, y la estrategia bien formulada, publicitada y comprendida.

Otras dos condicionantes son indispensables: que la lucha se despliegue por *todo* el pueblo concientizado, y que prime la eticidad básica de absoluta pureza amorosa en las motivaciones, en la conducción de los enfrentamientos, y en la calidad de la vida ciudadana. Todo ello conducirá al logro de una república «cordial»: «con todos, para el bien de todos».

Martí le concedió suma importancia —por respeto a los hombres que iban a morir, de un bando y de otro— a los lineamientos éticos de la conformación mental y moral del combatiente, y a la política de una guerra sin odios, humanitaria y compasiva. Para ello se creó la estructura funcional de un cuerpo dirigente, el Partido Revolucionario Cubano.

- Los altos ideales que sustenta la Revolución cubana, que tiene por objeto nada menos que la fundación de una república fuerte y próspera, abierta a la laboriosidad del mundo y merecedora de su respeto y simpatía, no pueden tolerar, antes bien tienen que castigar, la menor transgresión de las leyes morales y el respeto internacional por parte de sus mantenedores.<sup>27</sup>
- El que haya puesto los ojos en las entrañas universales, y visto hervir los pueblos, llameantes y ensangrentados, en la artesa de los siglos, sabe que el porvenir, sin una sola excepción, está del lado del deber. Y si falla, es que el deber no se entendió con toda pureza, sino con la liga de las pasiones menores, o no se ejercitó con desinterés y eficacia.<sup>28</sup>
- Sería una vergüenza dejar en hombros de unos pocos la obra de que todos nos hemos después de aprovechar. Y si algún hombre cazurro se niega a su parte de obra; si algún cubano, rico o pobre, deja de cumplir su parte de deber, ¡pues hay que doblar la nuestra, para que esa parte no quede sin cumplir!<sup>29</sup>
- En política, que no es más que la guarda de los derechos privados y públicos, se debe estar siempre como las casas pompeyanas, ¡con el perro a la puerta!



Y el que no venga con alma y manos limpias, con el amor al infeliz, al pueblo entero, con el deseo ardiente de reparar e impedir los crímenes históricos, con el valor necesario para someter los intereses o las preocupaciones de una casta a los intereses generales, ¡se le ha de echar el perro!<sup>30</sup>

Esta rigidez en los principios morales, que son a la vez una puerta abierta al ejercicio de los más sagrados deberes, hizo del Partido Revolucionario Cubano una casa donde se quebraban todas las villanías y se albergaban todas las virtudes. Era —en sus *clubes* dispersos— un centro de orientación política y revolucionaria, donde se llenaban primeramente las cartucheras, antes que de balas, de vergüenza, decoro, lealtad, honradez, visión. Quizás nos sea posible detectar, en palabras propias de Martí, la integralidad ética del Partido creado por él, eje propulsor del movimiento liberacionista de su isla amada.

### Ética de preparación para la guerra

- Con esta fe vivimos; con este cuidado prevemos; con esas miras preparamos; así adelantamos, atrayendo y fundiendo. Así, sin ostentación y sin temor, vamos, en lo callado de nuestra faena, alentando al respeto a los que ya lo han perdido por sí propios; reavivando la fe de los impacientes que decayeron en la primera jornada; tendiendo la mano, sin que se nos canse de estar tendida, a los mismos que nos niegan la suya; alistando, camino de la patria, nuestras legiones invisibles. La caridad es nuestro corazón. La razón es nuestro escudo. La lanza, la que recogimos de la mano de nuestros muertos. Ni alardes pueriles, ni promesas vanas, ni odios de clase, ni pujos de autoridad, ni ceguera de opinión, ni política de pueblo ha de esperarse de nosotros, sino política de cimiento y de abrazo, por donde el ignorante temible se eleve a la justicia por la cultura, y el culto soberbio acate arrepentido la fraternidad del hombre, y de un cabo a otro de la isla, sables y libros juntos, juntos los de la sierra y los del puerto, se oiga, por sobre los recelos desarraigados para siempre, la palabra creadora, la palabra «¡hermanos!» [...] ¡y levantaremos, en brazos de la América libre, nuestra patria, buena y grande!<sup>31</sup>
- Es criminal quien promueve en un país la guerra que se le puede evitar; y quien deja de promover la guerra inevitable [...] El que no ayuda hoy a preparar la guerra, ayuda a disolver el país. La simple creencia en la probabilidad de la guerra es ya una obligación en quien se tenga por honrado y juicioso, de coadyuvar a que se purifique, o impedir que se malee, la guerra probable [...] La guerra es, allá en el fondo de los

corazones, allá en las horas en que la vida pesa menos que la ignominia en que se arrastra, la forma más bella y respetable del sacrificio humano.<sup>32</sup>

- Las guerras no son cosa de batidor y de merengue: todo en ellas, lo que se ve y lo que no se ve, lo de afuera y lo de adentro, ha de ir a paso de batalla y arma al hombro [...] No hay que acobardarse ante los peligros, sino conocerlos y afrontarlos [...] No se vive para hoy, sino para mañana. Toda la vida es deber.<sup>33</sup>

### Ética de la redención futura

- Hemos de querer para nuestra tierra una redención radical y solemne; impuesta, si es necesario, y si es posible, hoy, mañana y siempre por la fuerza, pero inspirada en propósitos grandiosos, suficientes a reconstruir el país que nos preparamos a destruir.<sup>34</sup>
- Un pueblo, antes de ser llamado a guerra, tiene que saber tras de qué va, y adónde va, y qué le ha de venir después. Tan ultrajados hemos vivido los cubanos, que en mí es locura el deseo, y roca la determinación, de ver guiadas las cosas de mi tierra de tal manera que se respete como a persona sagrada la persona de cada cubano, y se reconozca que en las cosas del país no hay más voluntad que la que exprese el país, ni ha de pensarse en más interés que el suyo.<sup>35</sup>
- Lo social está ya en lo político en nuestra tierra, como en todas partes: yo no le tengo miedo, porque la justicia y el peso de las cosas son remedios que no fallan [...] Se cede en lo justo y lo injusto cae solo. Es todo el secreto de esas luchas que parecen terribles y solo lo son mientras no entran en ellas, de un lado y de otro, los hombres cordiales. El corazón se me va a un trabajador como a un hermano [...] A los elementos sociales es a los que hay que atender, y a satisfacer sus justas demandas, si se quiere estudiar en lo verdadero el problema de Cuba, y ponerlo en condiciones reales [...] Servirse a sí solo es un robo.<sup>36</sup>

### Ética de la república conquistada

- No es que los intereses se hayan de desdeñar, puesto que la revolución misma tiene por objeto asegurarlos con lo único que los fomenta y mantiene: con la paz satisfecha que viene del goce activo de la libertad [...] La libertad tiene por raíz el interés legítimo, que en ella se defiende; y el primer afán de la libertad en Cuba sería, al día siguiente del triunfo, salir a sembrar trabajadores. El necio desdeña la riqueza pública, o pretende mantener la riqueza de unos sobre la miseria de los más.<sup>37</sup>

**Martí realizó una tarea ejemplar de enjuiciamiento al despreciar y condenar las leyes esclavizantes y las corrupciones eclesiásticas, y a la vez descubrir vetas riquísimas de verdad y virtud en la fe cristiana, perfectamente válidas como instrumentos de liberación.**

- Se trata de constituir con el mayor orden posible una república de elementos confusos, que puede ya vivir de por sí, a la que nadie puede contener en su deseo de vivir por sí. Lo demás es bordar en la nieve.<sup>38</sup>
- Pero Cuba no puede contemplar sin fe, y sin orgullo de sus hijos, las virtudes de ordenación y agradecimiento de que en estos días ha dado prueba, y la disposición visible de las almas enérgicas a las nuevas fatigas que impone la conversión en república justa y dichosa, de una colonia presa y desordenada... Luego, en la república libre, darán frutos estas semillas de amor: caerá el fruto sobre las tumbas de los sembradores.<sup>39</sup>

#### Ética de la misión internacionalista

- Las puertas de cada nación deben estar abiertas a la actividad fecundante y legítima de todos los pueblos. Las manos de cada nación deben estar libres para desenvolver sin trabas el país, con arreglo a su naturaleza distintiva y a sus elementos propios. Los pueblos todos deben reunirse en amistad y con la mayor frecuencia dable, para ir reemplazando, con el sistema de acercamiento universal, por sobre la lengua de los istmos y la barrera de los mares, el sistema, muerto para siempre, de dinastías y de grupos.<sup>40</sup>
- La revolución de Cuba no solo es santa por lo que es, sino que es un problema político, para garantizar las Antillas y los Estados americanos antes de que los Estados Unidos condensen en nación agresiva las fuerzas de miseria, rabia y desorden que encontrarán empleo en la tradición de dominarnos. Esa es nuestra prisa. En política, hay que prever. El genio está en prever.<sup>41</sup>

#### Envío

Lo permanente en José Martí, lo que lo hace el héroe nacional cubano y a la vez el más destacado americanista de nuestra América, es su entusiasmo vital por servir a los hombres y su oído pegado a la tierra del pueblo, en la escucha de sus clamores. Para cumplir su deber de

escritor no dejó fuera tema alguno que decida sobre el destino humano. Aquí es donde entra su interés —y su manifiesta preocupación— por lo religioso y lo eclesiástico de su tiempo vivencial, que fue la segunda mitad del siglo XIX.

Vamos entonces a pelearnos con lo de hoy. La realidad cubana y latinoamericana —sus movimientos de liberación política, económica y social— demanda de los creyentes de las iglesias lo que Martí proclama como deber pleno: un sentimiento de novedad funcional, de árbol en necesidad de sacudimiento y tala, y seguidamente —ya aligerados de dogmas y estructuras que frenan— un volcamiento hacia «la hora de los hornos», hacia «la hora del encuentro y de la marcha unida».

Martí realizó una tarea ejemplar de enjuiciamiento al despreciar y condenar las leyes esclavizantes y las corrupciones eclesiásticas, y a la vez descubrir vetas riquísimas de verdad y virtud en la fe cristiana, perfectamente válidas como instrumentos de liberación. Con los escritos aquí presentados, Martí abre una compuerta que los cristianos cubanos y latinoamericanos tardan en descubrir: la de *ética teológica*. En este sentido, desde su hora, mirando hacia la nuestra, Martí previó y fundó.

El mensaje martiano sobre «nueva religión» y «nueva iglesia» nada tiene que ver con teorías y afanes positivistas y existencialistas, generalmente desvirtuadores, sino con lo que él llama «una fe diversa», «una fe científica», la que cala mucho más hondo, porque parte de una ética de compromiso con «la dignidad plena del hombre» y el bienestar de toda la creación. Martí llama a los cristianos y a las iglesias a la ubicación terrenal, al desentrañamiento histórico, a la búsqueda de la justicia, al establecimiento de la paz, al ejercicio del decoro, a la práctica de la virtud, en la incesante gimnasia de una vida plena. El mensaje bíblico y el mensaje martiano se expresan en términos de historia, de acción y de cambio.

De ahí que este texto quisiera ser una voz que trasmite una llamada de atención a los hombres y a las colectividades que sienten dentro de sí mismos —como Martí— el potencial de la virtud, el brío interno que demanda una acción externa, la conciencia misiológica que arrastra al ejercicio apasionante del amor, «la única fuerza enérgica». De otro modo: «amar con explosiones, no con palabras».

Envío este mensaje crístico-martiano desde Cuba a los creyentes y no creyentes de nuestra América en cuyos corazones se bate la sangre vicaria, porque claman agónicamente por la liberación total y universal, convencido como estoy de que la mancomunidad desatadora debe nutrirse de fuentes cristianas y martianas, al mismo tiempo y con la misma intensidad.

Si la Iglesia cristiana —en todas y cada una de sus instituciones— es en verdad «el pueblo de Dios», (epíteto con que ella se autodenomina), entonces no puede ser indiferente o neutral ante su propia responsabilidad de fermento en la masa, de canal de comunicación de «una buena noticia que será de mucha alegría *para todo el pueblo*» (Lucas 2:10). ¿Qué Iglesia es esa que acapara para sí, o distribuye a cuenta gotas entre sus preferidos, las promesas de que es portadora: de paz, de justicia, de alegría, de reconciliación? ¿Qué Iglesia es esa que esconde de los victimizados y desheredados de la tierra los instrumentos de lucha social que el propio Jesús utilizara, y *espiritualiza* los textos bíblicos que condenan la explotación de los pobres, y llaman a la rebeldía y al ejercicio justiciero?

La Iglesia pierde su identidad cuando no siembra la semilla revolucionaria del Evangelio, de la Escritura toda, que es una proclama de liberación; cuando no escucha las oraciones que están imbíbidas en los gritos de dolor y de rabia de los miserables y oprimidos, porque Dios sí escucha: «Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo, y he escuchado el clamor que le arrancan sus capataces» (Exodo 3:7). Los irredentos, los expropiados, son el metro que mide —tanto para los creyentes como para los que no lo son— cuán estrecho e injusto es un sistema, y cuánta inautenticidad hay en la ética proclamada solo con palabras, lo que constituye la ofensa mayor a la dignidad humana, y la causa mayor de radicalización ideológica y de acción revolucionaria. La Iglesia es depositaria y responsable de la ejecución de los planes de Dios en el proyecto histórico que se centra en Jesucristo. En su muerte se dinamiza la Historia, la que culminará al fin en la total paralización de la injusticia y en la unidad amorosa de todos los pueblos en la libertad de Dios. Al cabo, la «nueva religión» y la «nueva iglesia», que Martí proclama, constituirán un retorno a «la semilla que, escondida en la tierra, da mucho fruto», a la identidad primigenia, a la funcionalidad plena de la virtud y la verdad.

Entre las numerosas coincidencias que he señalado de lo cristiano y lo martiano, resalta un objetivo común: la liberación integral de la persona humana. Por tanto, bajo esta advocación pueden paralelizar sus caminos creyentes y no creyentes, con su inmensa variedad de matices y literaturas, porque lo que se demanda con urgencia en América Latina es una acción redentora,

no un «diálogo» interminable, y muchísimo menos un antagonismo tozudo, negativista y obstruccionista.

Ni siquiera cabe un desconocimiento premeditado, o una marginación injustificada, por ninguna de las partes. Y aquí alerta a unos y a otros, porque ya se ha comprobado que en ocasiones los que se mueven en el ámbito eclesiástico se arrojan todas las virtudes y santificaciones y desdeñan a los de extramuros; y que en ocasiones los activistas revolucionarios nada quieren saber de los «flojos» y «blandengues» que tratan de vivir según los principios de la fe cristiana. A los primeros les recuerdo la conclusión a que arriba el apóstol Pedro después de muchos zigzagueos y bandazos: «Verdaderamente reconozco que Dios no hace diferencia entre las personas, sino que acepta a todo el que lo honra porque obra justamente». «Dios no ha hecho ninguna distinción entre nosotros y otros» (Hechos 10:34, 35; 15:9). A los segundos estas palabras de José Martí: «Pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta fórmula del amor triunfante: *con todos y para el bien de todos*». <sup>42</sup> Y para unos y otros, conjuntamente, esta prédica del cubano ejemplar:

¿Qué dónde estoy? En la revolución; con la revolución. Pero no para perderla, ayudándola a ir por malos caminos, sino para poner en ella, con mi leal entender, los elementos que —aunque no sean reconocidos al principio por la gente de poca vista o mala voluntad— serán los que en las batallas de la guerra, y en los días difíciles y trascendentales batallas de la paz, han de salvarla. <sup>43</sup>

¿Quién hará lo que tenemos que hacer, y nadie podrá hacer, nadie, si no lo hacemos todos juntos? <sup>44</sup>

¿Qué falta como nota final? Solo transcribir, para tener por divisa, algunas palabras martianas que nos sirvan en esta hora para darle fuerza a nuestro pensamiento y programa certero a nuestra lucha:

El amor en el corazón, los ojos en la costa, la mano en la América, y el arma al cinto. <sup>45</sup>

En el corazón, el Evangelio; entre las cejas, la prudencia; los brazos, a cuantos quieran, y el arma desenvainada. <sup>46</sup>

O si se prefieren como consigna, fundidas así:

El Evangelio del amor en el corazón; la prudencia entre las cejas y los ojos en la costa; la mano en la América y los brazos a cuantos los quieran; y el arma al cinto, o desenvainada.

## Notas

1. José Martí, *Obras completas*, t. 4, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 167.
2. José Míguez Bonino, *Ama y haz lo que quieras*, Editorial Escatón/Editorial La Aurora, Buenos Aires, 1972, p. 86.
3. José Martí, ob. cit., t. 19, pp. 381-2.

4. Rafael Cepeda, *José Martí: perspectivas éticas de la fe cristiana*, Editorial DEI, San José de Costa Rica, 1991, pp. 15-32.
5. José Martí, ob. cit., t. 19, p. 455.
6. *Ibídem*.
7. José Martí, ob. cit., t. 13, p. 33.
8. José Martí, ob. cit., t. 1, pp. 167-8.
9. *Ibídem*, p. 196.
10. *Ibídem*, p. 199.
11. *Ibídem*, p. 227.
12. *Ibídem*, p. 262.
13. *Ibídem*, p. 275.
14. *Ibídem*, pp. 290 y 93.
15. *Ibídem*, p. 310.
16. *Ibídem*, p. 412.
17. *Ibídem*, p. 431.
18. José Martí, ob. cit., t. 2, p. 361.
19. *Ibídem*, p. 370.
20. *Ibídem*, p. 463.
21. *Ibídem*, p. 471.
22. José Martí, ob. cit., t. 3, pp. 118-9.
23. *Ibídem*, p. 167.
24. *Ibídem*, pp. 265-6.
25. *Ibídem*, pp. 274-5.
26. José Martí, ob. cit., t. 3, p. 125.
27. *Ibídem*, p. 140.
28. *Ibídem*, p. 247.
29. *Ibídem*, p. 435.
30. José Martí, ob. cit., t. 22, p. 15.
31. José Martí, ob. cit., t. 4, p. 255.
32. José Martí, ob. cit., t. 1, pp. 315-6.
33. *Ibídem*, p. 261.
34. *Ibídem*, p. 162.
35. *Ibídem*, p. 186.
36. *Ibídem*, pp. 253-4.
37. *Ibídem*, p. 357.
38. José Martí, ob. cit., t. 2, p. 195.
39. José Martí, ob. cit., t. 3, p. 137.
40. José Martí, ob. cit., t. 6, p. 153.
41. José Martí, ob. cit., t. 22, p. 256.
42. José Martí, ob. cit., t. 4, p. 279.
43. José Martí, ob. cit., t. 22, p. 73.
44. José Martí, ob. cit., t. 1, p. 310.
45. José Martí, ob. cit., t. 4, p. 273.
46. José Martí, ob. cit., t. 1, p. 403.

© TEMAS, 1998.